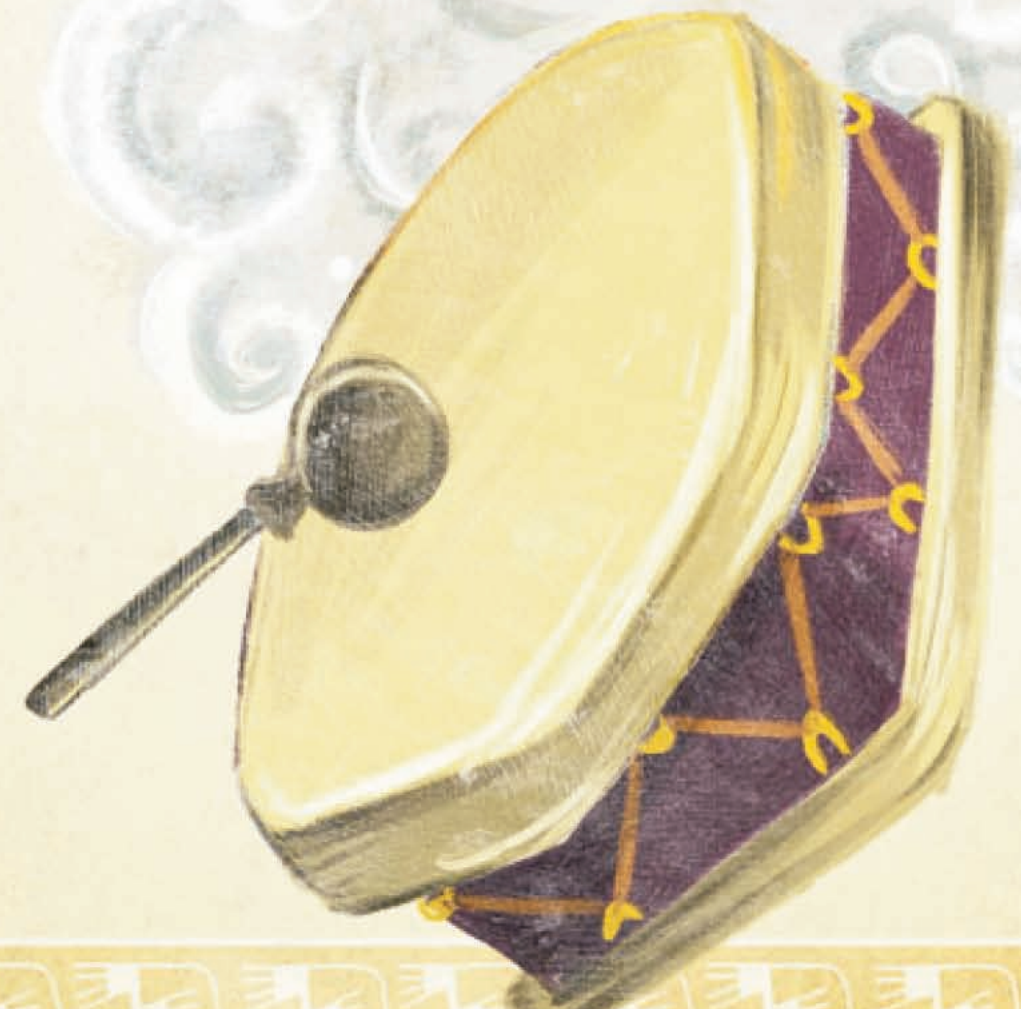


UNA COPLITA AL VIENTO

GIO FORNIELES



DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS E ILUSTRACIONES

GIO FORNIELES

COLECCIÓN 2017 - CUENTO Nº 3



¿Ven ahí, cuando el sol cosquillea la panza de esos cerros?
Bueno... para ese momento ya tengo que estar acá, en este claro de
pastitos dulces con mis cabras. Todas las mañanas venimos
desde el otro lado. ¿Ven allá donde está ese monte de cardones?
Desde más lejos de allá venimos. Cruzando arroyos secos,
saltando piedras y cuidando que el viento no me vuele el
sombrero.

Hasta aquí llegamos y aquí las dejo a mis cabras para que anden
descansaditas durante un buen rato. Son cinco nomás pero son
mías. Bueno... mías también. Son de mi abuela y son mías. Así me
dijo una vez: "Yo ya estoy vieja para llevarlas a pastorear: sólo
puedo sacarles la leche, acá en las casas, y hacer quesillos para
vender. Así que ahora m' hijo también son tuyas y debes tratarlas
con mucho cariño". Por eso yo las cuido desde que aquella, la más
blanca era apenas una chivita.

Y justo de esa blanquita quiero contarles.





En aquel amanecer, un viento suave traía los primeros ruidos del pueblo. A lo lejos se escuchaba el carro del aguatero, con su cencerro colgando del buey; el perrerío que lo sigue; y algún gallo temprano saludando a la mañana.

Salimos como todos los días, hicimos el camino y llegamos al claro de siempre. Mientras las cabras se entretenían en lo suyo, yo me busqué un reparo para descansar también. Ya me había enganchado un pastito dulce para mascarle la punta mientras miraba cómo el cielo se iba despejando de nubes. A mi lado, llevaba la caja coplera para inventarles unas tonaditas a mis chivas.

Andaban las cinco por allá y por más allá, hasta que de pronto perdí de vista a la blanquita.



Me levanté; estiré el pescuezo... y nada. Caminé unos pasos... y tampoco. ¡Qué raro! Siempre andan todas juntas. ¿Dónde se habría metido? Ya estaba asustado. Junté las demás cabras y empecé a buscarla. Tuve que alejarme de aquel campo de pastitos dulces.

Me puse a andar por lugares donde nunca antes había llegado. Sin caminos y pisando sobre piedras filosas o cruzando cardales de grandes espinas. De puro desesperado le pregunté a un quirquincho que pasaba por ahí: “¿No viste una cabrita blanca?”. Pero ni me miró... Asustado de verme corrió una piedra y se perdió entre los huecos.

En eso, llegó una mariposa volando. Se arrimó indecisa a las flores salvajes que estaban cerca de mí; al verla le pregunté:

“Ay, mariposa, vos que venís volando de lejos, ¿no viste mi cabrita blanca?”. La mariposa movió sus patitas, estiró su trompa de espiral hasta el fondo de la flor y agitó las alas sin responder.

Luego, se fue. Y yo lloré.



Cuando uno está desesperado,
las ideas que le nacen también
son desesperadas.

Entonces le hablé al sol:

“Tata sol: vos que estás tan alto y ves todo desde los cielos, ¿podés ayudarme a encontrar mi cabrita blanca?”. Pero el sol tampoco habló, aunque estoy seguro que me respondió. Sí, sí: me respondió con una gran ráfaga de viento que se levantó en ese instante. Fue un ventarrón cortito, pero tan fuerte que mi caja coplera salió volando para quedar enganchada en las espigas de un cardón. Por suerte no se rompió. Mientras la soltaba de los pinchos, el viento se volvió suave y lo podía escuchar remolineando por todos los rincones de ese pedacito de cordillera.





Fue en ese momento cuando entendí la respuesta de Tata Sol: tenía que cantarle una copla a mi blanquita para que al escucharla supiera volver sola. El viento llevaría mi tonada para que la encuentre adonde ella estuviera.

Me calcé la caja, aclaré la voz y canté.

De todas mis cinco cabras
que a diario ando cuidando,
se me ha perdido la blanca
por eso triste aquí ando.

Viento amigo'e Tata Sol,
llevá esta copla bien lejos
para que vuelva mi chiva
y empecemos los festejos.

Al buen rato de repetir mi tonadita una y otra vez, escuché detrás de un gran piedrón multicolor, el llamado de mi blanquita. "¡Beeee...! ¡Beeee...! ¡Beeee...!". Corriendo salí para abrazarla.

Nunca supe por qué se fue ni por dónde es que había estado. Pero lo más importante es que esa tarde, cuando bajé a las casas, de tan contento, llegué cantando.